

De humanos y tilonorrincos

Geoffrey Miller, *The Mating Mind*

Adaptado por Eva de Aguirre

La ornamentación humana se diferencia de la animal porque en su mayor parte la hacemos con nuestras manos y no crece irremediabilmente en nuestro cuerpo. Mas no por ello es diferente su función adaptativa original. Uno de los pocos animales, además del hombre, que le dedica una cantidad importante de tiempo y energía a exhibiciones puramente estéticas de algo que no forma parte de su cuerpo es el tilonorrinco o pergolero, un pájaro de Australia y Nueva Guinea, de la familia de las aves del paraíso.

Las exhibiciones por fuera del cuerpo o las formas físicas exuberantes como la cola del pavo real, son producto de la selección sexual, una tipo de selección natural, casi siempre ejecutada por las hembras. En este caso, ellas prefieren a los machos más hermosos, o a los más fuertes, para aparearse, con lo que se logra que los animales sean cada vez más vistosos o más fuertes, aun, a veces, a costa de su su-



pervivencia misma como individuo, pero dejando, en todo caso, más descendientes pues se aparean con un mayor número de hembras.

En el caso de los tilonorrincos, cada una de las diez y ocho especies de existentes hoy, fabrica un estilo diferente de nido, en forma de glorieta o pérgola. Los únicos constructores son los machos y solo los usan como recurso para el cortejo. Cada macho fabrica, solo, su propio nido y luego trata de atraer a las hembras para que copulen adentro con él. Los machos que construyen las mejores pérgolas pueden copular hasta con diez hembras al día.

Una vez inseminadas, éstas se marchan, construyen sus propios niditos en forma de taza, ponen sus huevos y crían sus polluelos sin ayuda del macho, tal como lo tuvieron que hacer las amantes de Picasso. En contraste, los nidos de los machos son enormes, a veces tan grandes que David Attenborough se puede meter en ellos. Aunque los tilonorrincos dorados del norte de Australia sólo miden unos treinta centímetros de altura, construyen una especie de kiosco techado que puede alcanzar los tres metros. Una choza de proporciones similares, construida por un macho humano, mediría diez y seis metros y pesaría varias toneladas.

Los machos de la mayoría de las especies de estas aves decoran sus glorietas con musgo, helechos, orquídeas, conchas, frutillas y cortezas; salen a volar por los alrededores

en busca de los objetos naturales que presenten los colores más vivos, los llevan a sus glorietas o pérgolas y los arreglan agrupándolos por colores; cuando ven que las orquídeas y frutillas pierden su color, las reemplazan con unas más frescas. Muchas veces se roban los adornos, en especial si se trata de plumas azules, de los predios de otros machos y tratan de destruirles sus glorietas. La fuerza con la que defienden su delicada obra es precondition de su calidad artística. Las hembras parecen preferir las glorietas más imponentes, simétricas y coloridas.

Algunas de las especies son muchísimo más exageradas en sus ímpetus decorativos y sus nidos son como una alameda, una especie de pasarela flanqueada por dos altos muros. Con frutas azules, que regurgitan, pintan las paredes interiores ayudándose a veces con hojas y pedazos de corteza, que manejan con el pico. La pintura de las glorietas es uno de los pocos casos en que algunos pájaros, viviendo en condiciones naturales, usan herramientas. Se conjetura que las hembras han favorecido a los mejores pintores durante múltiples generaciones.

Cuando llegan las hembras, los machos de casi todas las especies de pergoleros, que son de

colores mucho más vistosos que ellas, se ponen a bailar frente a sus glorietas y además, cantan, emitiendo unos chillidos y soplidos guturales, buena imitación de los cantos de otras especies. Sin embargo, la mayoría de estos pájaros no son tan espectaculares como sus parientes, las aves del paraíso, los animales más fabulosos del mundo, cuyos antepasados femeninos, de alguna manera, tras haber evolucionado a partir de una criatura opaca parecida a un cuervo, desarrollaron un impresionante sentido estético. La selección sexual de las hembras de las aves del paraíso dio como resultado una eflorescencia de plumaje en cuarenta especies. Y en los pergoleros, una proliferación de nidos ornamentales en diez y ocho.

Los tilonorrincos crean el arte más parecido a nuestro arte que existe entre especies no humanas. Los machos sólo contribuyen sus genes, al aparearse, pero su arte no desempeña función alguna en su supervivencia o en su paternidad; no se usa sino para el cortejo. El gran tamaño de las pérgolas, su forma simétrica y sus colores vivos pueden reflejar conexiones sensoriales específicas en el sistema nervioso de los constructores y además tienen un alto costo, lo que los convierte en buenos indicadores de que son físicamente competentes: se necesita tiempo, energía y habilidad para construir los enormes kioscos, recoger los adornos, reemplazarlos cuando empiezan a desteñirse, defenderlos contra el robo y el vandalismo de los rivales y atraer la atención femenina hacia ellos por medio de canciones y danzas. Durante la estación de apareamiento, los machos pasan virtualmente todo el día, cada día, construyendo y haciéndoles mantenimiento a sus construcciones.

Si entrevistáramos a un tilonorrinco satinado para la revista *Artforum* nos diría algo así como: "Siento una necesidad imperiosa e inmensa de expresarme a mí mismo, de jugar con el color y la forma, de hacer arte por el gusto de hacerlo, pero no soy capaz de explicar por qué. No recuerdo cuándo sentí por primera vez esas ansias irreprimibles de ponerle colores ricamente saturados a un escenario minimalista pero monumental, pero siento que algo se apo-

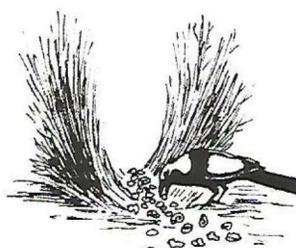
dera de mí en el momento en que les doy salida a estas pulsiones. Cuando alcanzo a divisar una hermosa orquídea en la copa de un árbol, me digo: ‘tiene que ser mía’, y si en mi obra veo una sola concha que no está donde debería estar, la tengo que reacomodar. Reconozco que a las aves del paraíso les crecen unas plumas preciosas, pero no tienen una mente artística, tan sólo el más burdo instinto físico. Por feliz coincidencia a veces llegan hembras a la inauguración de mis exposiciones y veo que aprecian mi trabajo, pero me insultarían diciéndome que necesito crear para procrear. Vivimos en una era posfreudiana y posmoderna en la cual las burdas meta-narrativas de tipo sexual que buscan explicar nuestros impulsos artísticos ya no convencen”.

Por fortuna, los tilonorrincos no hablan, de manera que podemos sentirnos libres de usar la selección sexual para explicar su trabajo sin que nos refuten. Con los artistas humanos, la cosa es distinta pues suelen considerar lo que los impulsa a expresarse estéticamente no como algo que exija una explicación evolucionista sino como una alternativa a este tipo de explicación, y se resisten a una visión “biológi-

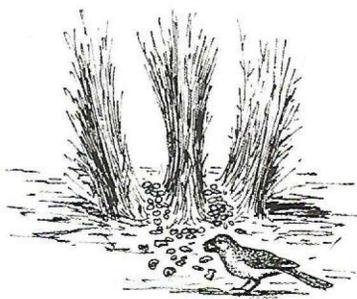
ca reduccionista” del arte. O se tragan entera la simplista concepción freudiana de que el arte es sexualidad sublimada, como cuando Picasso decía una y otra vez que Renoir pintaba con el pene.

La teoría de la selección sexual, empero, no es reduccionista, ni biológica ni psicológicamente. Ella considera nuestras preferencias estéticas y habilidades artísticas como adaptaciones psicológicas en sí mismas, no como efectos secundarios de un impulso sexual. Los tilonorrincos han desarrollado instintos para construir ornamentos y obras de arte, y éstos son diferentes a los instintos sexuales que subyacen al cortejo previo a la cópula. Pero ambas clases de instintos se desarrollaron por medio de la selección sexual. Los tilonorrincos son una muestra de la continuidad entre la ornamentación corporal y el arte, pues su cortejo se hace con ramas y orquídeas y no con plumas que les salen, como a sus congéneres, las aves del paraíso. Lo que el hombre hace es aplicar dibujos de color sobre piedras o lienzos.

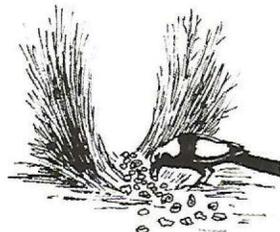
“Por fortuna, los biólogos ya no trazan una línea alrededor del cuerpo; no conciben que cualquier cosa ubicada más allá de esa línea se encuentra más allá del alcance de la evolución”.



Tilonorrinco regente
(*Chlamydera chrysocephalus*)



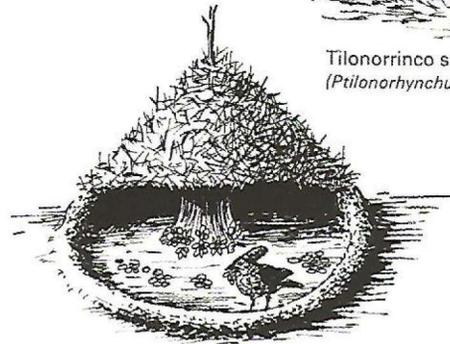
Tilonorrinco de Lauterbach
(*Chlamydera lauterbachii*)



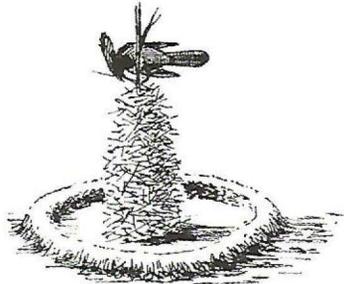
Tilonorrinco regente
(*Chlamydera chrysocephalus*)



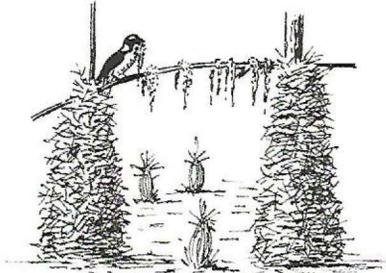
Tilonorrinco satinado
(*Ptilonorhynchus violaceus*)



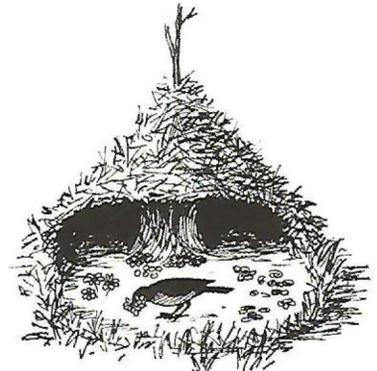
Tilonorrinco de cresta anaranjada
(*Amblyornis subalaris*)



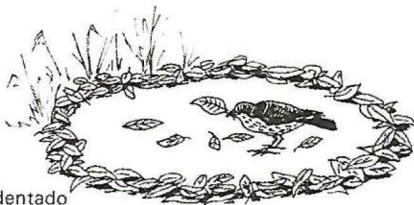
Tilonorrinco de McGregor
(*Amblyornis macgregoriae*)



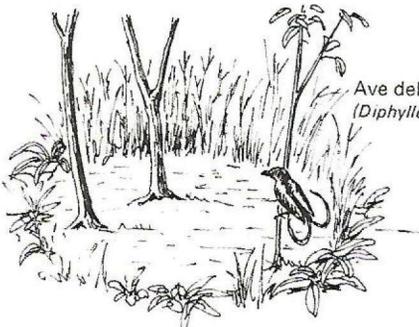
Tilonorrinco dorado
(*Prionodura newtoniana*)



Tilonorrinco sin cresta
(*Amblyornis inornatus*)



Tilonorrinco de pico dentado
(*Scenopoetes dentiostrius*)



Ave del paraíso magnífica
(*Diphylodes magnificus*)

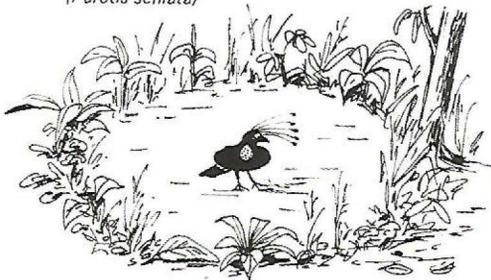
Pergoleros



Tilonorrinco de Sanford
(*Archboldia sanfordi*)

Aves del paraíso

Ave del paraíso de seis alambres
(*Parotis sefilata*)

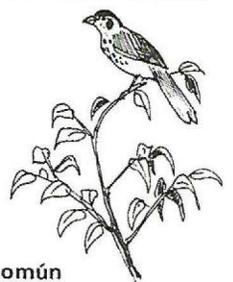


Ave del paraíso azul
(*Paradisaea rudolphi*)

Ave del paraíso de anteojos
(*Macgregoria pulchra*)



Ave gato verde
(*Ailuroedus crassirostris*)



Antepasado común